

instalación de buenos cebaderos para el invierno. Estos se forman de la manera siguiente: se clavan seis postes de roble en un sitio despejado de lo más espeso del bosque; los tres de la parte anterior tendrán tres pies y medio sobre la tierra; los tres posteriores, ocho pies y medio; sobre ellos se forma un cobertizo que debe tener por lo menos un pie de vuelo sobre la línea de los postes, con el objeto de que las aves de rapina no descubran á los faisanes cuando están en el cebadero. La parte posterior de este pequeño edificio (que tendrá 16 pies de largo por 12 de ancho), se cubre con tablas, dejando una puerta para poder entrar. Los costados del cobertizo se pueden también cerrar con tablas, dejando en claro dos pies del suelo. El piso será de tablas bien unidas ó de barro de ladrillos.

Alrededor del cebadero se arrancará el césped á una distancia de cuatro pies: de allí, en distintas direcciones, se formarán veredas estrechas cubiertas de arena: á una distancia de treinta ó cuarenta pasos se construye una choza para que el guarda pueda observar la suelta de los faisanes, y más adelante para ver los que acuden al cebo y cuántos de cada sexo.

Para la primera instalación se eligen faisanes de un buen criadero. Un total de treinta hembras y cinco machos es suficiente, y la época más oportuna es el mes de marzo. Los faisanes se trasportan en cajas cuyos cuatro costados y la tapa superior estén cubiertos de lona.

La tarde antes de soltarlos no deben comer. Después deben ser conducidos en el cajón al cebadero. Una vez allí, se echará cebo en él y en las veredas: después, desde la choza de observación del guarda, se pasará una cuerdecita á una polea que habrá en el cebadero, y de allí á la trampilla que debe tener el cajón de transporte de los faisanes. Una vez todo dispuesto, se dará

humazo; y ocultos todos, el guarda tirará de la cuerda, levantando la trampilla del cajón, con lo cual quedarán los faisanes en libertad y marcharán á ocultarse al bosque; pero al poco tiempo volverán al cebadero si de jóvenes han estado acostumbrados al cebo y al humo.

Para soltar faisanes se debe elegir una mañana alegre, con buen sol del mes de marzo, debiendo mojar antes á los faisanes para que en el primer estupor no vuelen demasiado lejos.

La entrada del celo les sujeta en el sitio que han elegido por morada. Hasta tanto que la naturaleza no les prodigue el alimento, deberán ser abundantemente mantenidos todos los días, y ahumados una vez por semana. De esta manera se evitará su evasión.

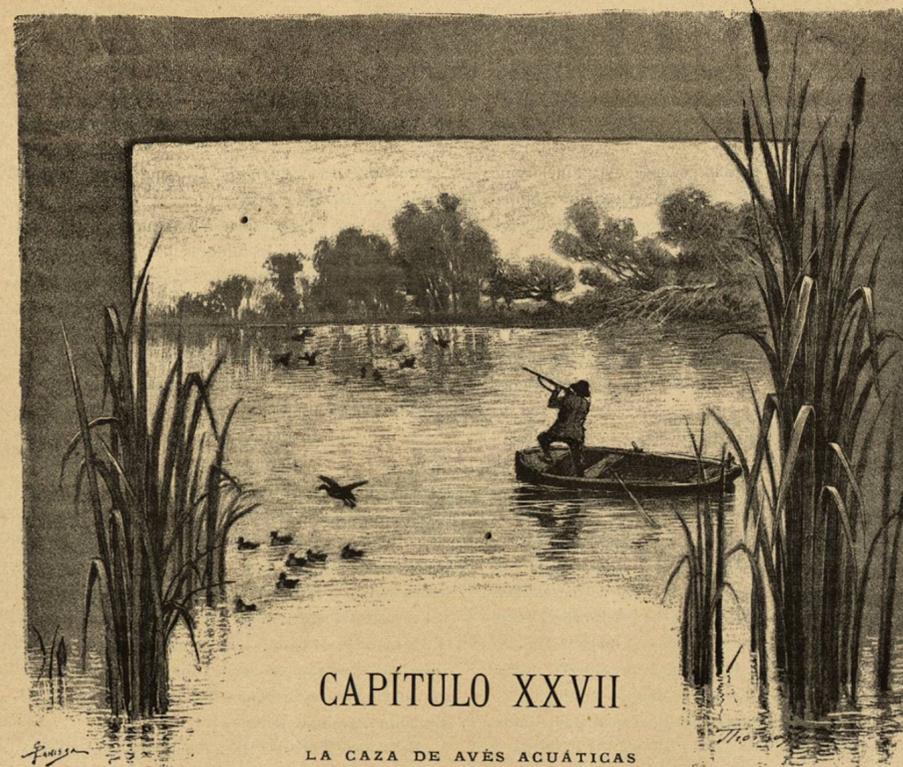
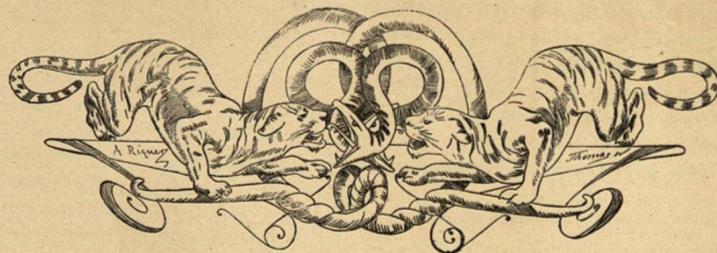
Si se quiere fomentar la cría, se pueden comprar huevos que serán incubados por pavas, y cuyos pollos, en el mes de setiembre, estarán en disposición de soltarse como los del mes de marzo.

Cuanto más se cuiden los cebaderos, tanto mejor serán las condiciones del celo y desarrollo de los faisanes. Siempre se debe procurar que el número de machos no sea excesivo.

Como cebo puede emplearse: trigo, cañamones, brezo, zanahoria cortada, hojas de col, muérdago, y especialmente, antes del celo, huevos de hormiga. Los cebaderos deben conservarse muy limpios.

El humo es muy saludable al faisán, y es lo que más le sostiene en los bosques: por lo tanto, es bueno verificarlo una vez por semana. A este fin, se construye á algunos pasos del cebadero un hoyo de tres pies de largo por otros tres de ancho y uno y medio de profundidad. (1)

(1) De *La Ilustración Venatoria*.



## CAPÍTULO XXVII

LA CAZA DE AVES ACUÁTICAS

I



s la caza de aves acuáticas, según el dictamen de los bravos cazadores que desprecian los dolores de reumatismo, la más fecunda en emociones y en deportes venatorios.

Considerada bajo el punto de vista práctico, se divide en tres ramas principales, ó sea la que se hace

con perro de muestra, en barca y con ayuda del cimbel.

Nos ocuparemos de todas estas maneras de cazar que reúnen por varios títulos mayor suma de atractivos y más variedad de sensaciones.

El paso de las aves acuáticas es bisanual en nuestros países, del mismo modo que lo es el de todos los pájaros que emigran. Consisten aquéllos en gansos, patos, cercetas, pollas de agua, rascones, *colverts*, becacas, garzas reales y demás aves zancudas de todo género.

Poca cosa puede decirse de los gansos, pues atraviesan de ordinario nuestras comarcas á tales alturas que rara vez se les puede tirar, y nunca buscarlos con probabilidades de buen éxito.

Si se arrojan á un campo sembrado de trigo, para arrastrarlo y adquirir fuerzas con que continuar su viaje, lo verifican siempre en el centro de algún llano in-

menso, á fin de ponerse en guardia contra cualquiera enojosa sorpresa, ó contra las asechanzas de un cazador oculto detrás de los accidentes del terreno.

Llega á tal punto su prudencia, que por precaución dos ó tres gansos se quedan siempre de centinela y no comen ni beben hasta que lo han hecho los compañeros, que han de reemplazarles en el puesto de vigilantes.

Los patos, en sus distintas variedades, que viven, si no en perfecto acuerdo, en comunidad al menos, se fijan en las orillas de vastas lagunas y albuferas profundas y descubiertas, desde donde aperciben lejanos horizontes, burlando así la maestría de los más expertos cazadores.

No se les puede tirar bien más que en ciertos casos y condiciones, como, por ejemplo, cuando el agua se hiela, cuando el viento sopla con violencia, ó cuando al amanecer ó al anochecer van de una parte á otra, doble paseo cotidiano que no dejan de dar nunca.

En las noches de calma, y á la luz de la Luna, se aventuran ciertos cazadores, dotados de maravillosa destreza, á meterse en ligeros barquichuelos, desde cuyo fondo, y echados boca á bajo, consiguen matar muchos pájaros que á aquella hora no esperan ciertamente el saludo poco agradable de que son objeto.

Á medida que el cazador se aproxima á los pájaros, redobla su silencio y sus precauciones; y si la bulla y el jaleo ocasionado por el retozo de los pájaros cesa de pronto, él se detiene también, y deja que la barca flote á merced de la marea y de la brisa. El ruido de los picotazos, de las zambullidas y de los gritos, no tarda en oirse de nuevo, lo cual prueba que los patos, tranquilizados por la inmovilidad de la barca, han recobrado de todo punto la confianza. Conviene entonces adelantar lentamente, hasta el momento en que se produce un nuevo silencio, que es señal de una nueva alarma. El cazador que se encuentra entonces á 80 metros de los patos, puede contemplar un espectáculo que revela cuán grande es la astucia de aquellos animales.

Ninguno se mueve, todos están alerta: con el cuello tieso, la cabeza levantada y el pico alto, esperando el regreso del emisario que han enviado á fin de que practique un reconocimiento. Este último, arrojando con fiereza y orgullo la responsabilidad de su peligrosa misión, avanza andando hasta situarse á corta distancia del misterio flotante y enterarse bien de lo que aquello significa. Apenas se apercibe del peligro, zambulle con la celeridad del rayo, desaparece bajo las aguas, y va á prevenir á sus camaradas de que hay moros en la costa.

En este momento el cazador no tiene ni un segundo que perder, y hace fuego inmediatamente, y por lo común con gran resultado, porque apunta á un grupo donde hay muchos patos juntos.

Si citamos este sistema de caza, que no nos agrada por los puntos de semejanza que tiene con la furtiva, es porque nos ha parecido determinar un pormenor característico de las costumbres de ciertos animales, que viven en sociedad, unidos de cierto modo por un pacto tácito que les hace solidaria y mutuamente responsables, ya para procurarse el bienestar, ó bien para conjurar el peligro que les amenace.

El paso, como hemos indicado anteriormente, se verifica dos veces al año.

Los patos llegan aquí, procedentes del norte, á fines de octubre ó en la primera quincena de noviembre, precedidos seis semanas de los fulcas, que empiezan á verse en la luna de setiembre.

Los *colverts* y las cercetas de verano son, por lo general, las clases de patos que permanecen estacionarios y no nos abandonan.

Los patos tienen la costumbre de dormir durante el día metidos entre las plantas acuáticas, hasta que viene la noche, se pone el Sol, aparece la estrella del pastor, y los tonos brillantes del crepúsculo van amortiguándose gradualmente.

¿No oís ese ruido de alas, lejano y confuso, ya grave, ya agudo, unas veces estridente y otras uniforme, que sigue de cerca al grito desagradable de la becacina?

Son los patos.

Permaneced quietos é inmóviles junto á la laguna fangosa donde han dejado huellas inequívocas de su permanencia.

¡Qué estruendo y qué algarabía!

Es que los pájaros nos saludan desde una altura cuya elevación ha sido medida y calculada por la prudencia.

De pronto se oye un vuelo pesado y lento: es el del *colvert* y el de su hembra, rey y reina de los palmípedos. Admiramos la gallardía de sus movimientos y los reflejos metálicos de su plumaje, y luego ¡fuego en ellos sin compasión alguna! que no hay bocado que iguale á lo nutritivo y succulento de su carne.

## II

Entre los recuerdos que conservamos como cazadores, se halla el del primer pato que dió principio á la suma de palmípedos que hemos tenido ocasión de matar en